



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 50.

JUEVES 9 DE FEBRERO DE 1865.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

LA PROPIEDAD LITERARIA, por R. A. y A.—LA HUERFANA: cuento, por Eleuterio Llofrin. (Conclusion).—LA MUJER Y LA MODA, por P. E.—HOJAS PARA UN LIBRO: reflexiones, por J. J. Gimenez Delgado.—LA MUJER, por Augusto Jerez Perchet.—SUELTOS VARIOS.—OYE, CLARA, por Joaquín Ambrosio Palacios.—A MI MAMITA QUE ESTÁ EN EL CIELO Y EL CAMPANARIO Y EL CUARTO BAJO, por Clotilde Aurora Principe.—SUEÑOS, por A. V.—ARMONIAS, por Aureliano Ruiz.

LA PROPIEDAD LITERARIA.

Si, como ha dicho un filósofo, el talento es un capital, si los productos obtenidos por medio del trabajo á que se destina un capital cualquiera pueden ser objeto de derechos y constituirse en nuestro dominio, nadie podrá negar la existencia de la propiedad literaria, producto nacido del elevado trabajo en que se emplea el capital intelectual.

Pero esta primera idea que nosotros sentamos como base de posteriores razonamientos, no ha sido aceptada por todos; y aun la misma ley, que reconoce los principios fundamentales en que descansa, le da un desarrollo incompleto y raquítico, resultando en consecuencia, que la propiedad mas noble de todas, es la menos protegida.

Algunos dicen, que no debe existir, porque las grandes creaciones, que á veces brotan de la inteligencia, no pueden de ningun modo compararse con otras, que no sean nacidas de ella misma, pues se rebaja demasiado su rango, igualándolas con el producto de los objetos materiales.

Cierta, muy cierta seria esta doctrina, si abstrayéndonos, consiguiéramos separar por completo al hombre del sabio ó del literato, si

este se mantuviera con solo la lectura de los trabajos que ha producido su imaginacion; pero no pudiendo realizarse así, no siendo posible que el hombre materia sea otro distinto del hombre inteligencia, es muy natural, está muy en armonía con los altos principios de justicia, que sus talentos le proporcionen los medios necesarios para la subsistencia.

La propiedad literaria no puede de ningun modo consentir en el dominio solo de una idea, sino en el derecho esclusivo de reproducirla bajo una forma palpable y con los caracteres distintos de lenguaje y estilo que constituyen á su autor. Es, pues, necesario localizarla, materializarla; y localizándola y materializándola, tendremos, no un privilegio, no un monopolio, sino un derecho, una propiedad como cualquiera otra.

Pero esta propiedad, ¿debe ser limitada? ¿Deben imponérsele trabas en el espacio y en el tiempo? Nosotros no dudamos al contestar con un grito santo, desde el fondo de nuestro corazon: no, mil veces no. Los que tal quieren, quitan al autor la justa esperanza de poder legar á sus hijos algo mas que fama y buen nombre, lo necesario para vivir, los bienes con que mantenerse; y por consiguiente, ahogan el germen de mil pensamientos, que no se desarrollan por falta de estímulo.

Mas dicen: un libro debe entrar en el dominio público al cabo de algun tiempo para calcular mejor, pues de lo contrario se convierte en un monopolio perjudicial á la sociedad. ¡Qué absurdo! La sociedad no adelanta con el libro publicado; sus ideas, sus teorías son las que se introducen, se infiltran en ella y germinan mucho antes de que aquel entre en el dominio comun. El libro se monopoliza; su contenido no puede monopolizarse, porque en el momento de conocido, es ya del patrimonio de todos, y unos lo comentan, otros lo amplían, otros le esplican y muchos lo contradicen.

Si tambien se limita en el espacio, podrá el

autor ejercer sus derechos solo en un pequeño círculo, fuera del que cualquiera se apoderará de sus trabajos; resultando que las composiciones ligeras y de circunstancia, producirán mucho mejor efecto que las obras profundas y verdaderamente científicas.

Debe, pues, la propiedad literaria ser ilimitada en el tiempo y en el espacio.

No podemos estendernos en otras consideraciones, por los reducidos límites que pensamos dar á este artículo: pero creemos que las ideas enunciadas bastarán para dar á conocer el carácter y fundamento de la propiedad que venimos defendiendo. Examinemos ahora la legislación actual y veamos su justicia.

La propiedad literaria nació verdaderamente con la imprenta, y al limitar en 1502 la facultad de imprimir, concediendo licencia solo al autor, parece que se estableció ya de una manera indirecta. Pero existía la censura y la tasa y solo se estendia este derecho á un corto número de años.

Nuestro sabio é ilustrado rey Carlos III derogó las leyes existentes, y en 1778 declara perpetuo el derecho de propiedad literaria. Vuelven las Cortes de Cádiz á hacerle temporal; y en 1847 se dictan las disposiciones vigentes.

Propiedad literaria, dicen las leyes que nos rigen, es el derecho esclusivo que compete á los autores de reproducir sus escritos originales ó autorizar su reproduccion por medio de copias manuscritas, impresas, litografiadas ú otro modo cualquiera. Denominan las personas á quienes puede considerarse autores, y conceden este derecho por toda la vida de éstos y cincuenta ó veinte y cinco años mas á sus herederos, segun la clase de escritos.

Tal es el derecho vigente respecto de lo que se llama propiedad literaria; tal es la protección que se concede á los que día y noche consumen su existencia en la creacion de un libro, cuyo contenido tal vez encamina mas tarde los progresos de la sociedad con buenos y ver-

daderos adelantos. Y ¿puede decirse que esto es una verdadera protección que se da al genio? ¿Puede llamarse a esto propiedad? No. ¿Qué aliciente tendrá el autor al gastar la mayor parte de su vida en la formación de un libro, si sabe que luego su descendencia ha de quedar espuesta al abandono y la miseria? Y ¿puede de ningún modo llamarse ley de propiedad el inicuo despojo que al cabo de cierto número de años sufren los hijos del sabio ó del literato, de ese productor, que con su trabajo intelectual crea siempre inventos mas importantes para la sociedad que los trabajadores materiales? Los hijos, la descendencia de esos genios inmortales, honra de nuestra nación, quedan tal vez sin amparo y sin protección.

Semejante ley es injusta, no conveniente é impropia de figurar al lado de las demás leyes que garantizan la propiedad y que fomentan el trabajo. Hace la condicion del autor mas baja que la del rudo artesano, porque éste, pudiendo legar perpetuamente á sus sucesores el ahorro que le produce su trabajo material, tiene un poderoso estímulo, que pone en movimiento su actividad y que contribuye al desarrollo de la riqueza; mientras que aquel, careciendo de tan nobles esperanzas, porque se las mata la ley, no dará cuerpo y vida á mil felices inspiraciones, que luego quizá serian de gran valor para los progresos sociales; no fomentando por consecuencia la produccion intelectual.

Diputados de la nacion, que ocupais el tiempo muchas veces en inútiles discusiones personales, ¿por qué no fijais vuestras miradas en esa clase tan interesante para la sociedad? ¿por qué no buscáis una nueva ley que, en armonía con los modernos principios, garantice sus derechos al trabajador intelectual y asegure un porvenir á su descendencia? Vosotros que proclamais las libertades de los pueblos, abolís una ley liberal del ilustre Carlos III. Para establecer las disposiciones vigentes habeis tenido que saltar por cima de esa ley: recordad que aquel era el monarca absoluto y vosotros los hombres constitucionales. Dad mas protección á los trabajos literarios; mas seguridad á los autores en el goce de estos productos, hijos de sus desvelos y vigiliás y al paso que levantareis una clase noble é importante, fomentando el mercado de las ideas, hareis progresar á la sociedad.

R. A.

LA HUERFANA.

CUENTO POR ELEUTERIO LLOFRIU.
(CONCLUSION.)

VIII.

Crecida la barba, pálido el rostro y ennegrecido; un capote que fue azul hecho mil girones, pero adornado con dos cruces; pantalón ancho de color rojo en otro tiempo y hoy indefinible: una gorra de cuartel empolvada, y un largo bastón sirviéndole de apoyo. Tal era el aspecto que presentaba un pobre soldado, al llegar á la plaza de Denia; la atravesó con paso rápido: solo se paró algunos instantes á escuchar la conversacion que dos mujeres tenian, y en la cual nombraron mas de una vez á Lucía.

—Vaya, ¡pues no se ha de casar con Pablo! Dicen que ella queria mucho á Diego, y que lo dijo despues de saber su muerte... Pero ahora, vaya, no le queda otro remedio y se casará, ¡qué ha de hacer!

El soldado se quitó la gorra de cuartel y mirando al cielo, lloraba, pero sus lágrimas eran un consuelo.

Las mujeres y todos cuantos rodeaban al soldado quedaron estáticos, se acercaban á él, le miraban con extrañeza.

—Pero señor... ¿cómo es posible! decia un anciano fijándose en el soldado.

—Mayores cosas se han visto, replicaba un amigo del viejo...

El soldado se aproximó á un grupo con una ansiedad indefinible: los que lo formaban re-

trocedieron un poco. Hubo quien se santiguó y otros le señalaron el camino de la ermita.

Impulsado como por loco frenesí deja caer el bastón, arroja al suelo la gorra de cuartel y corre al encuentro de los que venian de la ermita.

Así gritaba por el camino, como si hubiera perdido la razón.

—¡Madre, madre!... Yo estoy aquí...; yo estoy aquí... ¡Madre, madre!... ¡Lucía, Pablo!...

Próxima estuvo á caer el pobre soldado; pero figuraos, lectoras de mi alma, si sois madres ó sois amantes, qué efecto produciria en Margarita y en Lucía el repentino acceso de aquel hombre.

Pablo corrió al encuentro del soldado y se arrojó en sus brazos con loco frenesí.

Palabras que nadie oyó, dijo la madre, palabras que las madres hablan con Dios en esos momentos de júbilo. Un ¡ay! de placer mezclado de lágrimas y risas, fue la expresión del asombro y de una alegría capaz de ser sentida solo por una madre.

Es muy pobre la palabra escrita ó hablada para bosquejar escena tan sublime.

Solo os diré que Lucía se arrodilló maquinalmente, y cruzó las manos como dando gracias á la Providencia.

Que Pablo y Margarita se colgaron al cuello de Diego, y que éste ni aun respirar podia. El exceso del placer puede matar como el exceso del dolor.

Diego se arrepintió al ver en sus brazos á su madre, sin aliento, de no haber dominado el impulso de la pasión que le arrastró tan inesperadamente.

Pero si habeis perdido una esperanza, y de pronto llegais á verla próxima, muy próxima á realizarse, si teneis delante á una madre á quien no creíais haber visto ya, y de pronto se os presenta, llorando vuestra muerte, y la veis salir de la misma iglesia, en donde acaban de rezar una misa por vuestra alma... ¿Qué haríais, qué hubierais hecho? Dejar al corazón que os arrastrase á sentir los latidos del corazón de vuestra madre, á besar aquella frente marchita por el pesar, aquellos labios que os enseñaron á bendecir el nombre de Dios.

Pasados los primeros momentos dirigiéronse á la casa, y cuando ya estuvieron mas tranquilos, pudo hablarles de la suerte que le habia cabido, de su herida y de lo milagrosamente que habia escapado del cólera que en el hospital de Málaga estuvo para acabar con su existencia.

Entonces fue cuando todos llegaron ya á comprender que no era un sueño, sino una hermosa realidad lo que les rodeaba.

Pablo estaba con la boca abierta, oyendo las hazañas de nuestros héroes en Africa, de esos simples soldados cuyos nombres pasan desapercibidos para la historia, y que en medio de los combates dan pruebas de un heroísmo, digno de la inmortalidad.

Cuando Diego referia el temerario arrojó de los bárbaros, y cómo huían despavoridos ante nuestras bayonetas, Pablo estrechaba la mano de aquel, y con trémulo acento decia.—¡Así, así... bien... bien... valiente!... ¡así!

Diego cada día iba ganando mas las simpatías de los labradores de la comarca.

La madre creía que soñaba: tanta felicidad le parecia imposible.

Pablo gozaba satisfecho, y desvaneciéndose todas las sospechas que su hermano pudiera tener sobre la persona á quien Lucía habia querido mas.

—Tú, tú solo vives en su alma angelical y pura.

—Gracias, Pablo—esclamó su hermano abrazándole con efusión.

Margarita y Lucía los sorprendieron en este momento, y el júbilo reinó con toda la expansión de los corazones inocentes.

A los dos meses en la misma ermita, y á la misma hora en que se rezaba aquella misa por el alma de Diego, era un matrimonio lo que se iba á celebrar.

La ventana de la casa de Margarita estaba cubierta de flores.

Los mozos y los muchachos del caserío agrupados á la puerta de la casa, cantaban cada copla que ardia el mundo y punteaban de tal manera la guitarra que era un contento de Dios. Ellas con los mas vistosos zagalejos, y ellos con la ropa del día de Pascua y con unas camisas mas blancas que la nieve, formaban un cuadro encantador.

Allá por una estrecha vereda venia un tropel de mozos acompañando al señor cura y al novio.

Los chicos corrian delante como avanzada bulliciosa.—¡Que viva el novio! ¡que vivan Diego y Lucía!

Era un cuadro tierno como pocos.

En las hojas de los árboles brillaban como lágrimas de placer trémulas gotas de rocío á los primeros resplandores del alba, y el fresco ambiente perfumado del tomillo y del romero dilatada el espíritu y ensanchaba el pecho.

—¡Y aun deseais la vida de las ciudades!

Pues señor, siguió el jaleo y la broma; los dos grupos de labradores, de mozos y zagales, formaron un grupo inmenso.

La dulzaina y el tamboril vinieron á dar cierto aire histórico á la escena.

Abrese la puerta de la casa de Margarita y aparece Pablo llevando apoyadas en sus brazos á su madre y á Lucía.

—Ya salió el sol—dijo un mozalvete que hubiera sido buen poeta si le hubiera dado por escribir versos.

Efectivamente, era un sol aquella niña. El color de la vergüenza enrojeció sus mejillas en presencia de tanta gente.

—Viva—gritaron los chicos con entusiasmo.

Diego estaba pálido de gozo.

El cura estaba conmovido.

La comitiva se encaminó hacia la ermita entre cantares, gritos y entusiasmo.

Entraron todos en el humilde templo.

El silencio era sublime.

Durante la ceremonia Margarita miraba á su hijo y enjugaba sus ojos.

Terminado el acto, Lucía enseñó á Diego los ramitos de jazmines mustios y secos que Santa Lucía tenia al pie de su altar.

Al salir de la ermita Lucía guió á todos hacia un rellano algo distante.

Las canciones ya no volvieron á resonar.

Estaban cerca del Campo Santo.

Lucía habia pensado en sus padres y en el tío Andrés.

En el suelo habia una cruz. Alrededor de ella se arrodillaron todos. Lucía pronunció el nombre de su padre, el de su madre y el del tío Andrés.

Las flores cayeron sobre aquel montón de tierra, mezcladas con algunas lágrimas.

La Providencia tendió su protectora mano sobre aquellas honradas familias, y la felicidad las sonrió siempre como un don del cielo.

La bendición del pobre Andrés habia llegado hasta ellos.

La fe, la resignación y la esperanza dan por resultado momentos de dulce y consoladora alegría.

IX.

Lucía es hoy el consuelo de los pobres de la comarca, y el bendito matrimonio goza con la felicidad de los ángeles.

La buena Margarita los contempla á todos, saltándole de júbilo el corazón y alguna vez le ha sorprendido Pablo una lágrima que se escapaba furtivamente de sus ojos.—¿Qué dulce es llorar de alegría, ¿no es verdad madre?

El risueño Pablo que tenia una cara tan expresiva y alegre, estaba ca la día mas charlatán y decidor.

A Diego, aun en medio de aquella felicidad, veíasele alguna sombra que enturbiaba sus ojos y anublaba su frente.

Cuando esto sucedia, marchábase allá lejos,

á la sombra de algun álamo, y allí se entregaba á sus recuerdos.

Lucía lo había notado ya y comenzaba á sentir el deseo de saber qué tenía su marido.

Allá al anochecer de una tarde de invierno, salió Diego maquinalmente de su casa y fué á sentarse á la orilla de un arroyo.

Lucía le siguió con mucho sigilo y cuando él menos lo pensaba, le dió una palmadita en el hombro.

—¡Eres tú, Lucía!... preguntó Diego alegremente sorprendido.

—Pues no, ¿cómo quieres que vea yo con tranquilidad que te alejas de casa pensativo... que tienes alguna pena y no quieres decírnosla?...

—Tienes razón, Lucía: no había querido entristecerte en medio de tanta ventura; pero hoy, puesto que ya de tal manera me domina ese pensamiento, voy á decírtelo.

—Mira; en la guerra he tenido un comandante lo mas bueno, lo mas cariñoso que puedes imaginar: me trataba con tanta dulzura, me quería tanto...

—¿Y quién no te quiere Diego?...

—Pues bien: yo en cierta ocasión le salvé de un peligro terrible. Había salido solo á dar un paseo alejándose algo de donde nosotros nos hallábamos, y de repente dos de aquellos salvajes aparecen saltando del matorral á donde estaban y se arrojan sobre él. Yo temiendo alguna desgracia, al ver que se alejaba el comandante le seguí. En cuanto observé la actitud de los bárbaros, doy un grito de «alto», preparo el fusil mientras él se dirige á uno de ellos con un revolver.

Uno de ellos había disparado la espingarda. Veo que cae el comandante y yo disparo mi fusil hiriendo al otro que aun no había hecho fuego con su espingarda... Coloco la bayoneta en el cañon de mi fusil y el que no estaba herido se daba á correr por aquellos peñascos, mientras el otro herido me pedía por compasión que no le matase.

Yo entre tanto até un pañuelo en el brazo herido del comandante y le conduje hasta la tienda...

El cariño de aquel hombre creció cada día mas hácia mí, y al despedirme de él para venir á casa, me dijo:—La guerra ya ha concluido, pediré mi retiro muy pronto y donde quiera que estés he de buscarte para que te vengas con la familia á donde yo viva. Soy solo, solo en el mundo... tendré compañía.

—Pobrecillo... ¿y qué, has sabido algo?

—El otro día me dijo en Denia el hijo de la tía Vicenta, que era de la misma compañía que yo, que el comandante estaba muy enfermo y que desconfiaban de su vida los médicos. Y tal vez esté solo, sin que los consuelos de un amigo le alivien en su amargura.

—¡Qué bueno eres, Diego! exclamó Lucía tendiéndole los brazos por el cuello.

Dirigiéronse los dos hácia casa.

Ya la buena Margarita y Pablo habían salido en busca del matrimonio, porque habían dado las oraciones y no parecía.

—¿En dónde estarán ese par de almas de cántaro? decía Pablo.

—Me estraña que á estas horas... añadió Margarita mirando á todos lados.

—Allí veo dos bultos que parece que vienen hácia acá.

—Ellos son... ellos son...

—¡Ah!... respiró la madre, diciendo despues:—Creí que les había pasado algo, como Lucía no estaba muy buena...

—Qué les ha de pasar. Mírelos usted, mírelos usted.

En esto llegaron ellos.

—Creían ustedes que nos habíamos perdido, dijo Diego.

—No, hijo mio, pero como Lucía no está buena...

—Vaya, pues ya estamos aquí; me siento mejor, madre. Lo que yo tenía era que veía algunas veces triste á Diego y no sabía la causa, hoy ya la sé.

—¿Y estás tranquila?...

—Por lo menos sé que no somos nosotros la causa de su melancolía.

Ya se lo diré á usted: ya te lo diré tambien Pablo.

—Bueno, bueno—vamos á cenar.

—Sí, sí, dijo Lucía—porque despues el mozo se vá á roadar como un enamorado.

—No que no. Y que es una chica como un lucero.

—Vaya que sí.

—Pero él, aunque se case, no nos abandonará—prorumpió la madre.

—Ah... nunca, nunca.

Llegaron á la casa y cenaron en santa paz, mientras crujía en el hogar un enorme tronco, cuya llama daba una luz poética al cuadro.

Despues de cenar, tomo Pablo su garrote, calóse el sombrero, embozóse en la manta morellana y salió en dirección á la casa de su novia que era una muchacha del pueblo, la morena mas graciosa que pudiérais imagináros.

Pablo hablaba con ella por la reja todas las noches, y segun decia iban á concluir pronto los párrafos por la reja. La muchacha estaba ya pedida á sus padres y no había de tardar mucho en verificarse el matrimonio.

Efectivamente, no se hizo esperar muchos dias.

Con gran contento, por parte de las dos familias, se verificó el matrimonio, siendo un día de fiesta y de algazara para los mozos y las muchachas del pueblo.

La familia de Margarita se aumentó con la mujer de Pablo, que era tambien muy buena y muy cariñosa.

Margarita no trabajaba, pero ella no podía estar sin hacer algo, y los cuidaba á todos con el esmero maternal de que era capaz su alma bendecida.

Asi pasaron algunos meses. Pablo, dedicado á las faenas agrícolas, y Diego tambien. Lucía y Juana, que era la mujer de Pablo, entregadas á las faenas domésticas y cosiendo para fuera de casa, ganaban, aunque escaso, un jornal para ayudar al sustento. Era una felicidad aquella casa.

Cuando volvian Diego y Pablo del trabajo, bendecian á Dios por la ventura que les había deparado con aquellas mujeres tan buenas, tan honradas y tan dignas de ser felices.

Sigamos adelante, que aun no para aquí el cuento.

A las doce de un caluroso día del mes de julio cayendo como fuego los rayos del sol sobre la tierra, un viajero montado en un brioso caballo, parábase junto al puentecillo de la gran acequia que atraviesa parte del campo de Santa Lucía. El monótono canto de la chicharra acompañaba las coplas que entonaba un hombre que seguía á pie al ginete, con una escopeta al hombro. Al pasar por delante de unas tierras en donde estaba trabajando un viejo labrador, volviése á parar el caballo.

—Buen hombre, dijo el ginete, de aspecto simpático y grave continente, ¿la casa de Margarita la viuda, me dirá usted dónde está?

—Miren ustedes—respondió el viejo,—allá abajo, pasado el olivar que hay á la mano izquierda, y entre aquellos almendros, verán ustedes una casita con un jazminero en la reja; pues aquella es la casa de Margarita... y ahora me acuerdo, si tengo una memoria, Diego... Diego...

El viejo comenzó á dar voces hácia unas tierras que lindaban con las que él estaba trabajando.

—Diego,—repetía el viejo con voz temblorosa por los años.

Diego que era el que trabajaba en aquellas tierras, miró hácia las del viejo, quitóse el ancho sombrero de palma, enjugó su frente y se dirigió al sitio en donde lo llamaban.

—Ahora veremos—murmuró para sí el ginete—inclinando hácia la cara el ala de su sombrero hongo.

—¿Qué se le ofrecía á usted, caballero?

—Darle á usted un abrazo,—respondió el ginete apeándose.

Diego se acercó, miró asombrado al recién-venido, lanzó un suspiro, y una exclamación se escapó de sus labios al arrojarle profundamente impresionado en los brazos de aquel hombre.

—¡Mi comandante! dijo balbuceando el pobre Diego.

—Diego... Diego... al fin nos hemos reunido. Dios es bueno, hijo mio... Dios es justo.

—Vámonos, vámonos á casa; cuánto va á alegrarse mi madre, y Pablo y Lucía y todos... vamos... vamos. Lo ve usted tío Lucas, lo ve usted... aquí está el hombre mas cariñoso y mas bueno... Es mi comandante, el valiente...

Al buen viejo le caían las lágrimas por la rugosa mejilla en presencia de aquella escena.

Dirigiéronse todos hácia la casa de Margarita y Diego puso en movimiento hasta el guardaviñas, valiente perro que era el terror de los mendigos de la comarca.

—¡Madre, madre, Lucía, Pablo!

—¿Qué es eso, qué pasa?...

—Un forastero. Aquí le teneis. Aquí está don Antonio, aquí está mi comandante: al fin le tengo entre mis brazos.

El comandante sentóse rendido de fatiga é impresionado por aquel cuadro de familia. Refirió lo mucho que había padecido y cuánto tiempo había trascurrido hasta averiguar el paradero de Diego.

Todos rodearon al forastero y le colmaron de bendiciones. Pablo estaba como aturdido. Margarita no volvía de su asombro; y Lucía y Juana se hallaban en presencia del recién llegado con el temor que á aquellas sencillas gentes infunde una persona del carácter y condiciones del comandante.

La alegría de todos fue indescribible.

Ya estaba completo el cuadro.

—Hoy no vais al trabajo: nada, hoy es un gran día, no se trabaja aquí... dijo el comandante.

Tenía como unos cincuenta y siete años.

Su rostro era simpático y espresivo.

Llevaba un chaqueton para el viaje y un sombrero hongo que le daba un aspecto humilde y modesto.

—Nada, nada, ya estamos aquí... Como si fuera de la familia... Diego, díles que no me miren con ese temor... que me quieran como á su padre...

Todos los habitantes de la comarca vinieron á ver al comandante y á oírle referir historias de batallas y aventuras prodigiosas.

Diego bendijo á Dios porque le había concedido cuanto deseaba: tener una mujer virtuosa, estar con la familia y volver á ver á su comandante.

A los dos ó tres dias, hizo don Antonio (que así se llamaba el comandante) que dispusieran su caballo, porque iba á partir.

—No se vaya usted, dijo Margarita.

—Que no se vaya usted... vamos—dijeron Lucía y Juana.

Y Pablo y Diego comenzaron á entristecerse.

Don Antonio los abrazó á todos; montó á caballo y salió de allí.

Pero á los siete ú ocho dias se apeaba otra vez á la puerta de casa de Margarita.

X.

Muy cerca de la casa estaban construyendo un edificio espacioso, con jardin y cuantas comodidades pudieran apetecerse.

Nadie sabía á quién pertenecía el edificio.

Cuando estuvo terminado dispuso don Antonio que fuera toda la familia de Margarita á verlo.

—¡Qué hermoso es!—dijo—Pablo—jardin con cenador... ¡qué habitaciones!

Las habitaciones eran cuatro casi independientes.

Estaban amuebladas con decencia, pero sin lujo.

Las paredes de aquel edificio estaban lindando con la pobre casa de Margarita.

—Vámonos—dijo Diego—recordando que la comida estaba al fuego y que después de comer habían de volver al trabajo.

—No, señor,—dijo don Antonio—de aquí no sale nadie. Esta casa es vuestra.

¡Con qué extrañeza oyeron todas aquellas palabras!

—Nada, lo dicho... es vuestra: ahí teneis; escoged para cada matrimonio su habitación... para la madre este cuarto bajo con reja al jardín. Yo tengo allí el mío, con biblioteca y sala de armas. Diego, busca los jornaleros que ne-

cesiteis para labrar toda esa tierra que ves, y tú, Pablo, haz lo mismo para aquella que empieza en el olivar de la derecha.

Aquellas pobres gentes cayeron de rodillas á los pies de su bienhechor.

Don Antonio había heredado una suma cuantiosa y tenía muchos ahorros de su larga carrera.

Había determinado hacer la felicidad de aquellas familias, y lo llevó á cabo.

El capital en vez de disminuir aumentó con la inteligencia de Diego para dirigir las operaciones agrícolas, y con el carácter de Pablo que se había dedicado al comercio en grande escala, haciendo viajes en una balandra que había comprado.

La vida pasaba para aquellos seres con la bendición de Dios.

XI.

La virtud y el trabajo tienen su recompensa.

El cielo á veces premia también en este valle de lágrimas la resignación y la fe, la honradez y el trabajo.

Los pobres encontraron en aquella casa un asilo, los jornaleros tuvieron donde ganar un pedazo de pan, y las madres un ejemplo para enseñar á sus hijos lo que vale la caridad y el amor á sus semejantes.

FIN.



EJÉRCITO AUSTRIACO.—Cazadores de los Alpes: guía de caballería, soldado de infantería y oficial.

LA MUJER Y LA MODA.

Al querer abordar estas dos cuestiones, me encuentro como los niños cuando se ven rodeados de multitud de juguetes, que empiezan por quererlos todos y concluyen por quedarse sin ninguno. Son tantos los pensamientos que me agitan, que ansioso de esperarlos todos, apenas puedo esplanar uno debidamente. Vayamos, pues con calma. La mujer y la moda, son dos amigas inseparables, dos buenas compañeras que se sostienen mutuamente en las diferentes épocas de su vida. Consideradas filosóficamente, bastarían por sí solas para adquirirse la gloria de un Balzac, si le fuera dado tener á cada hijo de vecino el genio de Balzac; pero como quiera que el siglo presente ha desterrado con luces las tinieblas que envolvieran á los pasados, formando de cada escolar un genio enciclopedista, de ahí que las *medianías* abundan más que nunca. Hoy difícilmente se hallará un hombre de tan *supina* ignorancia como en tiempos pasados, pero en cambio, tampoco es fácil vislumbrar en el pináculo de la gloria, un hombre que domine con su genio la civilización moderna.

Hecho este pequeño exordio en cumplimiento también de la moda, paso á emitir algunas breves consideraciones sobre ésta y su inseparable compañera, la mujer.

La mujer hé aquí un logogrifo cuya solución no ha ofrecido ningún publicista—en el próximo número,—como acontece generalmente. Es un logogrifo en que está invertido el orden de tal suerte, que á semejanza del laberinto de Creta, cuanto más se avanza, más se pierde uno en su intrincada combinación. No han faltado filósofos que se hayan lanzado á descifrarle, pero todo en vano; ninguno ha podido exclamar en son de triunfo *illa est*, como Santo Tomás, Salomón, Malesherbes, Napoleón, La Bruyère, Fr. Luis de León, y hasta Mad. de Montier y Stael al intentarlo. ¿Qué han conseguido? Dar, sí, muy buenas ideas que han marcado principios generalmente aceptables; descifrar una parte del enigma para demostrarnos que el todo está velado á los ojos del hombre, por pertenecer al Creador.

Así, pues, haciendo abstracción completa de principios psicológicos, emitiré unas ligeras observaciones.

La práctica; los hechos que cada día pasan

ante nosotros reflejándose en nuestros corazones como los objetos en las planchas fotográficas, me ofrecen medios suficientes para llenar el vacío que me he marcado en estos renglones.

Hoy día, no es acertado buscar las causas, es preciso pasar á los efectos para hablar de esa bella mitad del género humano á quien Milton definió también, llamándola *hermoso defecto de la naturaleza*.

Valiéndome del estilo de Chateaubriand, diré que es necesario probar, no que la mujer es costosa porque es víctima de la moda, sino que es víctima de la moda porque es mujer: esto es, repetir lo que tantas veces se ha dicho: genio y figura hasta la sepultura.

Y nada más cierto amables lectores: decidme con toda imparcialidad, si en los tiempos que atravesamos se puede patentizar mejor que en ningún otro la parte débil de la mujer, yo creo que no. La moda, esa manía con que el pobre explota la vanidad del rico, es la carcoma que desvasta poco á poco nuestra sociedad. No se me objete que así la industria desplega su vuelo con más provecho, si este provecho redundará en perjuicio del alma á quien corroe insensiblemente la envidia y el orgullo.

Paseos, teatros recreativos, ¿qué son para las hijas de Eva sino una competencia en que el lujo lleva la enseña del poder? De ahí la aversión al santo nudo matrimonial. Hoy día ¿quién se casa? ¿Uno que cuente con 5, 6 ó 8,000 reales al año? ¡Infeliz! No le alcanzarán pro-

bablemente para satisfacer los deseos de esa *Doña Moda*, señora caprichosa, que es la pesadilla continua de los prudentes papás, de los maridos y de los tutores honrados. El gobierno, sabio y previsor, ha sabido poner un veto al matrimonio militar, con el fin de evi-

tar ulteriores disidencias.—¡Y cuántas no evitará indudablemente!

Nadie conoce el mal en toda su estension hasta que se palpa, y mucho mas si ese mal está oscurecido por las ilusiones doradas del amor. Así el pobre que se enamora *ciegamen-*



EJÉRCITO AUSTRIACO. — Cuartel maestro general, ayudante general, general de caballería, comandante de Guardias de Corps, jefe de hulanos, jefe de husares.

te, como es *moda* decir y no ve en su amada otra cosa que sus gracias seduc'oras, sus bellas manos que saben arrancar al piano algunas notas armoniosas de la *Casta-diva* ó el *Elixir d' Amore* y su piquito de oro; cae en el garlito sin contar con la huésped, y hétes-

me aquí un hombre puesto en el potro martirizador de contemporizar con su cara *mitad*, so pena de oír estas ó semejantes palabras á cada paso: —¡Ay Dios mío cuán desgraciada soy! Si mamá alzara los ojos, ¡otra cosa erial... monstruo!... ingrato!... infiel!... etc.

¿Y todo esto por qué? Por ese incesante deseo de imitar á fulanita y á menganita con grave riesgo de la paz conyugal.

Todos los seres están sujetos á una pasión predominante que forma su carácter especial, y de la cual son esclaves por mas que le des-

conozcan. El hombre siempre fue víctima de la mujer, y por una ley de compensación parece ser que debía haber reciprocidad, pero no es así; la mujer siempre fue víctima de la vanidad. Por eso dice Chillon muy acertadamente. *El oro se prueba por el fuego; la mujer por el oro y el hombre por la mujer.*

Lo cierto es:

Que nadie que llegare á conocellas
Podrá vivir con ellas ni sin ellas.

Y eso que las mujeres tienen á su arbitrio todos los poderes para dominar el corazón del hombre sin herirle.

Sabida es la influencia que ejercieron en todas las épocas de la vida. Hermosura, sensibilidad, suspicacia y lágrimas, son los móviles con que pueden afrontar toda la fuerza moral y material del sexo masculino. ¿Quién se resiste al llanto de una mujer? Nadie que tenga un alma medianamente noble. Y sin embargo, con todos estos dones, con todos estos poderosos medios, no se puede menos de exclamar con Carolina Coronado.

...Nacer mujer es triste cosa
desventurada suerte nos rodea.
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Tengo para mí que la infelicidad de la mujer no la ocasiona el hombre, sino la mujer misma.

¿Cuando veo una impudente doncella, engreída con gasas, cintas, flores y flecos, que vá barriendo las calles con la undosa falda, llena de orgullo, cual nave real en triunfo empavesada, creo que no lo vá tanto por dar incentivos á ellos como por dar enojos á ellas. Igualmente si las pollas del día se ven juguetes del amor, es porque han hecho desaparecer ó al menos amortiguar los encantos que le forman: por eso los tiempos de Macías y Marsilla concluyeron ya. Si una beldad de nuestros tiempos se enamora y arrebatada su amor á otra beldad ¿lo hace impulsada por la pasión? Su amor si es santo querrá en todo santidad: lejos de eso—se complace en inmolar una víctima para satisfacer, no su amor, sino su amor propio.

Cubierta con su propia debilidad, la mujer es bastante fuerte para sostener á raya á todo sus falsos perseguidores.

Si ella quiere, ¿quién la hará decir de su dignidad ni de su decoro? Las Lucrecias no hablan muy alto en este asunto.

Concluyamos juzgando al bello sexo de un modo mas favorable.

¡Y luego las mujeres todavía
Son mi dulce compañía?

Esto decía un célebre poeta, cuando el hastío de la vida, nublaba el sol de sus ilusiones y borraba el horizonte de sus esperanzas. Y sé que la mujer considerada espiritualmente, es el ángel de bendición que Dios puso sobre la tierra para que alentados por su amor, nos identifiquemos con la altura, para que inspirados por su belleza, lancemos la imaginación á esos espacios de luz, que son la vida del alma.

¡Maldita moda! ¡Por qué trabaste tan fuertes lazos con la mujer!—Sin tí el amor no sería una idea especuladora, sería un sentimiento santo, sería una ventura para el pasado y una hermosa tranquilidad para el porvenir.

P. E.

HOJAS PARA UN LIBRO.

REFLEXIONES.

Existe un libro cuya primera página es tan antigua como la creación, que durará tanto como ella.

Todos los hombres lo redactan

Pero á pesar del tiempo que hace que lo escriben se concluirá cuando el mundo concluya.

Y á pesar que los hombres lo escriben y lo

estudian, ni saben lo que escriben, ni lo comprenden.

El número de sus hojas no se puede calcular; aumenta y aumentará indefinidamente con el tiempo.

Cada una encierra un poema de inapreciable valor, y cada párrafo una lección tan sabia como la experiencia.

Solo un ser misterioso, mas grande que todo cuanto existe, cuenta y estima las páginas escritas de la obra.

Todo hombre escribe en ese libro desde que ve la luz, acatando las leyes que el Creador nos impuso.

Y sin embargo, el hombre vive con plena libertad y obra con conocimiento de sí mismo.

¡Si él pudiera comprender lo que lleva escrito!...

¿Mas quién sabe si llegaria á aprovecharse de ese trabajo que labraria su felicidad?...

El epílogo del libro solo el Eterno lo leerá. El será su censor.

Este libro es la historia moral de la humanidad entera.

Los hombres se pierden en ella como se pierde una gota de agua en la inmensidad de los mares, como se pierde una lágrima en el mar de lágrimas de la vida.

Se suceden unos á otros, con la misma rapidez que se suceden las horas.

Y como éstas, cuando espira el último minuto, pertenece á lo que fue.

De ellos no queda entonces mas que un recuerdo; un recuerdo que se estingue y se reduce á la nada, aun cuando haya dejado una señal en la carrera del tiempo.

Cuando el hombre da su último adiós á ese mundo que le sirvió de teatro y al que quizá maldijo, desaparece para no volver á reaparecer y queda sepultado en el océano insondable de la eternidad.

En su penosa peregrinación por una senda de mentidas flores y punzantes abrojos, él no ha hecho mas que aumentar ese gran libro con una página, dolorosa siempre, horrible algunas veces, dichosa nunca.

Pero ésta, cual ligera nubecilla que impulsada por el viento desaparece en el espacio; desaparece también, arrastrada por ese fantasma poderoso, por ese elemento destructor de la obra de Dios, por ese misterioso gigante.

«El Tiempo», que reduce á la nada cuanto está sugeto á su poder, tanto física como moralmente.

Por eso, el hombre no puede comprender nunca ese libro.

Su imaginación demasiado pequeña para estudiar y comprender la historia de cada hombre, en lo que se relaciona con la verdadera historia de la humanidad, y aprovecharse de las lecciones de tanta experiencia se ve rebajada y humillada ante esa gran obra que solo Dios abraza en su grandiosa síntesis.

Por eso, el conjunto de hombres que han sido, que son, que serán, se ve siempre envuelto en la oscuridad mas profunda, en la confusión mas horrible.

El hombre á pesar de su impotencia, quiere lanzarse á regiones superiores á su inteligencia y al intentarlo, se rueda tan solo su miseria.

Y sin embargo, el hombre nace puro como nace la aurora.

La belleza de sus instintos estasia.

Los resplandores de su alma deslumbran, como deslumbran los rayos del sol, que envía su luz desde el zénit.

Su alma, emblema de la inocencia y hermosa como la naturaleza, brinda por do quier, la paz y la felicidad.

Y esparciendo un delicioso perfume que solo aspira el bueno, es la imagen del Criador.

Peró empieza á desarrollarse, y á conocer todo cuanto le rodea.

La sociedad se burla de sus buenos instintos, le seduce la brillante mentira que le asedia, los engañosos placeres que el mundo le brinda; las falsas ilusiones que se le hacen concebir.

Y creyendo hallar en ellas la ventura, encuentra solo la desgracia.

Llega á ser lo que les demás hombres que fueron sus maestros.

Y así se renuevan los hombres, y tras los hombres las generaciones, y solo es único é inmutable el infortunio de la humanidad.

Y así el hombre es víctima de sí mismo, sin darse siquiera cuenta, ni de lo que hace, ni de lo que piensa, ni de lo que es.

Arrastrado por la violencia de las pasiones que brotan de su corazón, tiene que disfrazarse también con repugnante máscara, tiene que vestirse con el traje mas á propósito para encubrir su deformidad moral.

Porque si su alma se pre-entara como el Hacedor le formó, con ese vestido de la inocencia que debiera ser su principal adorno, quizá serviría de juguete al hombre ya corrompido, fascinado por el embriagador néctar de los placeres que mas tarde le repugnan y aborrece, aunque en lo mas recóndito de su conciencia apreciara la pureza de sus sentimientos.

Este tribunal misterioso, falla en secreto.

La conciencia, es el juez mas terrible de hombre.

Nunca le abandona.

Es su propio martirio ó su consuelo, es su ángel redentor, es la imagen de la ley divina.

Por eso el hombre, aunque quiere desecharla, aunque quiera asfixiarla en la atmósfera de los sentimientos que los demás le han comunicado, la encuentra siempre fria, severa, inexorable.

Pero cuando alguna de sus acciones, va timbrada con el sello de la virtud, cuando domina en ellas la verdad é impulsado por sus primitivos instintos, obra segun ellos le dicen, entonces, ¿qué más premio que el que le proporciona el haber obrado bien!...

Entonces, ¿qué mayor placer, qué mayor recompensa que la satisfacción y la tranquilidad que su conciencia le brinda!...

La virtud, esa vírgen emblema de la única felicidad que en la tierra se encuentra, ese ángel consolador que remedia los males, esa deliciosa flor que embriaga con su perfume á las almas que desprecian los peligros de la corrupción en que la sociedad nos envuelve, es la sola fuera de Dios, digna de que los hombres la rindan y tributen culto en la tierra.

Porque ella es el ideal de lo grande y de lo sublime.

Porque es la representación de la omnipotencia.

Por eso el hombre que conserve sus buenos instintos, que tenga fe en sus creencias, abnegación y energía para luchar con la sociedad, no debe arrodillarse ante ella, sino erguir su cabeza, levantarla con orgullo por encima de los demás hombres, y despreciar lo que es terrenal y perecedero para contemplar los horizontes sin límites de la eternidad.

Así alcanzará la felicidad posible.

Así y solo así.

J. J. GIMENEZ DELGADO.

LA MUJER.

Ángel, poeta flor ¿que es la mujer?

Epopeya gigante, bellísima, elegía lo sublime y lo triste, los extremos todos se hallan confundidos en ella.

Estudiadla, y os sorprenderá la aparente contradicción que encontrais en sus fenómenos.

Las lágrimas y las sonrisas brillan á un tiempo en su semblante.

El dolor y el placer la conmueven á la par.

Su doble constitución parece sentir en iguales períodos, diferentes modificaciones.

Es enteramente opuesta al hombre, aunque esta oposición da un resultado armónico y singular.

Tímida, dulce, apasionada, tiene un lenguaje poderoso y elocuente.

El silencio, las miradas, los suspiros.
El movimiento rápido de la sangre, la turba,
la llena de misterio, de atracción, de poesía.
Lánguida ó agitada, védla cuán hermosa
aparece.

Sin saber por qué, rueda una lágrima de sus
ojos.

Suspira, murmura tiernas frases de amor.
¡De amor!... Sí: porque ama; porque ne-
cesita amar.

Sueña....
Pero este ángel de amor y de ternura,
¡cuánto sufre!

El mudo le impone grandes sacrificios.
El mundo que debía bendecirla, le arranca
lágrimas.

¡Cómo si no le bastase las que le arranca la
naturaleza!

La sociedad es injusta con la mujer.
Quiere negarle sus pasiones, y por el mas
leve extravío, le exige inmensa responsabi-
lidad.

Y ¿acaso puede desconfiar? ¿Acaso ve en
toda su estension el precipicio á que la impul-
san sus faltas?

Flor inocente, su inocencia misma, es causa
de su infortunio.

¿Cómo defenderse, si desconoce el peligro?
La mujer es poderosa por el amor.

¿Cuánto respeto, cuánta admiración no
merece?

El amor es su vida.
Su alma es amor.

Por amor sufre y se sacrifica.
La mujer varía de aspectos. Sobre un mismo
fondo se dibujan diferentes formas.

Veis una joven de mucha menos edad que
su marido. El la ama, quizá como á una hija.
Educa su alma. La ilustra con la experiencia.

Mas tarde, la joven tiene un hijo.
Una trasformación completa se verifica.

Ya no es la niña compañera de su esposo.
Es madre. Desde ahora es amada como
madre.

La mujer antes inferior al hombre, es hoy
superior á él. Lo cuida, lo halaga, dispone,
ordena y él obedece.

Hé aquí la mujer en el apogeo de su gran-
deza.

En vez de ser dominada, ella domina. Pero
¿de qué manera?

Por su gracia, por su celo, por su amor.
Y ¡qué dulce superioridad!

La mujer, dueña del corazón del hombre,
lo eleva sobre los escollos de la vida; le ins-
pira lo bueno y lo grande, y todo por amor.

Una niña encanta. Es la imagen de la es-
peranza, de la inocencia, de la felicidad.

Miradla entretenida en sus juegos infantiles.
Os sorprende el instinto secreto que desde
sus tiernos años le revela la misión.

Admiro á la joven en todo el esplendor de su
hermosura.

Casta, modesta, graciosa, respirando lan-
guidez, sueña quizá un paraíso como el que ve
en sus celestes fantasías.

¡Una madre! Ved el objeto de mas profunda
admiración, de mas inefable poesía.

Sublime, adorable, santificada por el amor,
por la maternidad.

El pensamiento no puede comprender en su
inmensa magnitud, la grandeza de esta pala-
bra.

¡Una madre!
La mujer ha producido los mayores tesoros
de la tierra.

El hombre es obra suya. La familia es debi-
da á la mujer.

Ella ha civilizado á la sociedad, sin mas
arte que su corazón.

¿Qué no le debe el hombre?

¿Puede vanagloriarse de su poder, de su
sabiduría?

Buscad el origen y encontrareis siempre la
mujer.

Sin embargo, solo cuenta con un elemento
creador. El amor, que le da por resultado la
armonía del mundo.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

SUETOS VARIOS.

Cuenta un periódico extranjero que un fo-
tógrafo estaba enamorado de su arte y de su
mujer. Un día que ésta se hallaba ausente,
vió el fotógrafo desde su galería, y al través
de una ventana, una pareja encantadora en
una boardilla vecina. Un joven estaba arrodil-
lado á los pies de una mujer, en ademán de
hacerle una declaración, que al parecer, no
era despreciada. La postura era natural, la
luz estaba bien combinada; qué ocasión para
un fotógrafo! Nuestro hombre coloca su obje-
tivo, lo dirige hácia la enamorada pareja, y sa-
ca una magnífica prueba. Coge en seguida un
cristal de aumento para contemplar mejor á
aquellos felices mortales; pero ¡oh dolor!
¡El... era un amigo! ¡Ella... su mujer!

El 8 de Mayo último murió en Littan (Mo-
ravia) un hombre llamado Jorge Dietz, á la
respetable edad de 132 años. Dietz nació en
Bratersdorf á primeros de febrero de 1732.
En 1756 era soldado y tomó parte en la guer-
ra de los siete años, combatiendo además
contra los turcos. Contrajo después matrimo-
nio y su mujer murió sin dejarle sucesión. A
la edad de 107 años, se volvió á casar con una
joven de 19 años, de la cual tuvo dos hijos.
Conservó hasta su última hora sus facultades
mentales, sin que durante su larga vida se
hubiese sentido enfermo. Su viuda tiene en la
actualidad 45 años.

Entre las divisas mas famosas que se cono-
cen en Europa, figura la del escudo de la ca-
sa de Austria, que es la siguiente:

A. E. I. O. U.

Sencillamente las cinco vocales del alfa-
beto.

Bajo este misterioso enigma se oculta el co-
losal pensamiento del emperador Carlos V de
Alemania y I de nuestra nación.

Cada letra es la inicial de una palabra lati-
na, que son las siguientes:

Austriæ Est Imperare Orbi Universo.

Domingo de Ramos y la Santa Cruz cayeron
un año en Viernes Santo. Esta preposición era
sostenida con empeño por un mandadero de
monjas en un corro de sacristanes. Moviése
terrible disputa y todos vueltos contra el man-
dadero, le argüían que el hecho era imposi-
ble, á no haber mediado un milagro; por-
que, ¿cómo un domingo había de caer en
Viernes ni la Santa Cruz en Semana Santa?

—Pues, señores, yo lo he visto, dijo el
mandadero.

Y á tan concluyente argumento bajaron to-
dos la cabeza y se dieron á cavilar; pero aquel
lo sacó de confusiones con esta sencilla es-
plicación.

—Domingo de Ramos, paisano mio y ami-
go, llevaba la Santa Cruz en el Santo Entier-
ro; tropezó, y él y la Cruz cayeron en un mis-
mo día.

En un pueblo cercano á Lisboa se vé una
tumba con este epitafio.

«Aquí yace el cuerpo sin alma de don Anto-
nio Rodriguez, viviendo de su trabajo.»

Quince absurdos en trece palabras.

Un prestamista usurero y avaro, prestó á
uno de sus *clientes*, hijo de familia, 6,000 rs,
por un año al 50 por 100, descontándose
los intereses; es decir, que le hizo firmar un
pagaré de 6,000 reales no dándole en realidad
mas que 3,000. Concluida esta negociación,
nuestro hombre espera con impaciencia á su
mujer para hacérselo saber con júbilo. Llega
la mujer, y le explica la lucrativa operación

de préstamo que acababa de consumir; pero
la mujer echándole una mirada de desden le
dice:

—Has prestado 6,000 rs. por un año, y no
has entregado mas que 3,000. ¡Bestia! ¿por
qué no los prestabas por dos años, y no hubie-
ras tenido que dar nada?

A las mujeres hacendosas, al paso que eco-
nómicas, bueno será advertirlas que para pro-
curarse agua de colonia, bastará con que
echen en dos libras de alcohol de treinta y cua-
tro grados, cuatro dracmas de esencia de li-
mon, cuatro de bergamota, una de espliego,
diez y ocho grados de esencia de azahar y
cuatro gotas de rosa: que agiten bien esta
mezcla, y después de filtrada la metan en una
botella, y hagan luego de ella el uso que ellas
saben.

Las siguientes frases de Mirabeau ponen de
manifiesto la debilidad del hombre y la fragi-
lidad de las virtudes republicanas. Al salir Mi-
rabeau de la famosa sesión en que la nobleza
quemó sus pergaminos en el altar de la patria,
se dirigió á su casa, y encargó á los criados
que le preparasen el baño: dispuesto éste, y
mientras el criado ayudaba á desnudarse al
gran orador, decía Mirabeau, entusiasmado
aun con los debates de la Cámara:—«¿No sa-
bes, Juan? Hoy empieza una nueva época. Ya
no hay vanas distinciones, ni títulos ofensivos
para la dignidad humana, ni señores, ni mar-
queses: ya no hay mas que hombres. ¡Aquí
donde me ves, Juan, ya no soy mas que Mi-
rabeau! Dicho esto, entró en el baño y Juan
que le sostenia, le dijo suavemente:—«¿Quie-
re usted mas agua caliente, M. Mirabeau?» Al
oir estas palabras se volvió furioso el orador;
cogió á Juan por los cabellos, y dándole un
par de zambullidas exclamó:—«¿Qué dices bri-
bon? ¡Aquí no hay mas que el señor conde,
tunante!

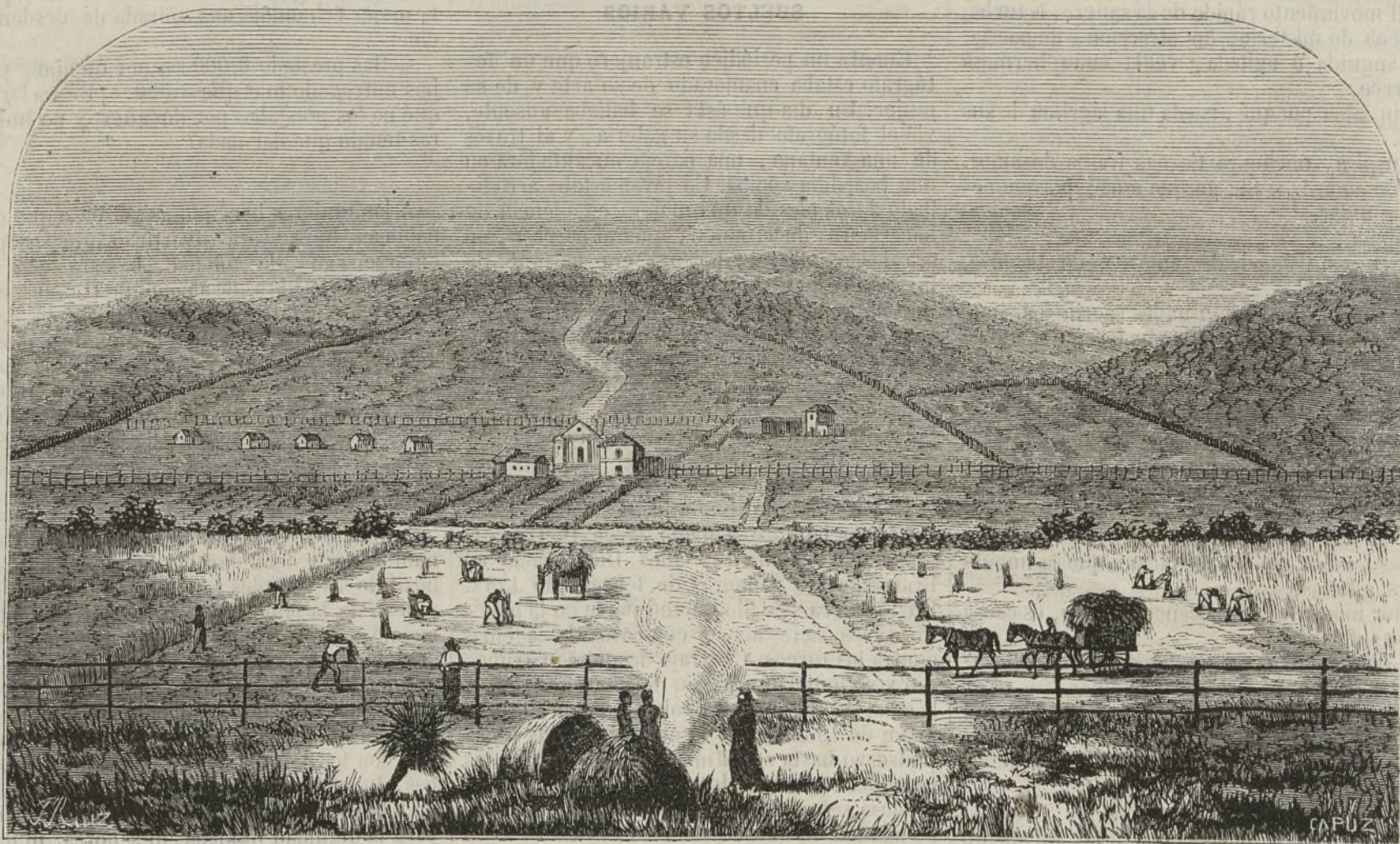
Acaba de morir en Srepes, Vallarza, un
anciano de 78 años, cuyo testamento contenia
una cláusula, por la cual lega diez mil cigarros
á todos los que asistieran á su funeral.

El testador espresa tambien el deseo de
que sus amigos no salgan de su casa sin ha-
berse bebido todo el vino que contuviese su
bodega.

Se asegura que esta última cláusula ha sido
cumplida al pie de la letra.

OYE, CLARA.

Es mi niña tan hermosa
Cual pintada mariposa
Que juega por el otero;
Es graciosa,
Cual la rosa que orgu losa
Se alza en su tallo ligero,
Son de gloria dos pedazos
Los sus ojos,
Dos rollos de oro sus brazos
Dos rubies sus labios rojos:
Lanza fuego su mirada
Hechicera,
Y las galas de su cara
Envidiara
La graciosa primavera.
No marca su pie ligero
En la arena,
Es el mas bello lucero
Mi morena,
Si sale al Prado dicen
Al ver su talle,
Jesus, que flor tan bella,
Que Dios la guarde,
Y yo, cuando recuerdo
Su linda cara,
Digo, Dios te bendiga
Preciosa Clara.
JOAQUIN AMBROSIO PALACIOS.



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista de la mision de Nueva Nursia. (Australia.)

Á MI MAMITA QUE ESTÁ EN EL CIELO (1).

Madre mia del alma,
Tu que nos miras
Contempla el desconsuelo
De tu familia.

¡ Hermosa madre!
Vela por tus hijuelos
Y por su padre.

Míranos desde el cielo,
Madre querida,
A Clotilde y Enrique,
Julian y Emilia.

Y haz que yo sea
Como tú cariñosa,
Como tú buena.

EL CAMPANARIO Y EL CUARTO BAJO. (2)**FÁBULA.**

Un Campanario dijo
A un Cuarto bajo:
«Súbete aquí conmigo,
Que estoy mas alto;

Verás el brillo
Que adquieres, si te pones
Junto conmigo.»

«Ven tu aquí, le contesta
Prudente el Cuarto,
No sea que algun viento
Te tire abajo;

Es mas tranquilo,
Este sitio abrigado
Donde yo vivo.»

No bien el Cuarto dice
Estas palabras,
Cuando á la Torre un viento

Hace que caiga;
Así los altos,
Cuando menos lo piensan
Vienen abajo.

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE.

SUEÑOS.

Desde que te ví, niña,
vivo soñando
y sueño por la noche
con tus encantos;
toda mi vida
es un sueño de amores
que me estasia.

Si tú cual yo soñases,
si me quisieres,
y los sueños que sueñas
tan gratos fuesen
como los míos,
encontrara la gloria
que tanto ansío.

La pasión verdadera
correspondida
es lo único grande
que el hombre mira;
¡ay! yo presiento
que el alma en ese caso
se vuelve cielo.

Cielo alegre y dichoso
sin una nube,
cielo como tus ojos
si miran dulces;
yo lo comprendo,
y siempre estoy soñando
niña, ese cielo.

Si tú cual yo soñases
sueños de dicha,
si tú correspondieses
la pasión mia,
nuestras dos almas
sabe que fueran cielos,
niña adorada.

A. V.

ARMONÍAS.

Causa han sido de querellas
los diversos pareceres
sobre cuáles son mas bellas,
si en la tierra las mujeres
ó en el cielo las estrellas.

Y yo con fe y sin recelo,
opino que el mundo encierra
del hombre para consuelo,
las mujeres en la tierra
las estrellas en el cielo.

Una mañana de estío
un pájaro aprisioné,
y en la tarde me encontré
que estaba el nido vacío.

¡Pájaro!... á la dicha igualas
que como viene se va;
¡La dicha el mundo nos da
pero nos la da con alas!

A ninguna encuentra pero
mi amigo Juan Escudero;
contra su gusto batallo
pues yo á las bellas prefiero;
mas él dice; que el buen gallo
canta en cualquier gallinero.

AURELIANO RUIZ.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.
Editor responsable: Fernando Gaspar.

(1) Escritos á la edad de ocho años.
(2) Idem á la de doce.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.
—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo 65; y en la Publicidad, pasaje de Mathen.
En Provincias, Extranjero y Américas, en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.